

RICHARD DAWKINS

Ateísmo para principiantes

POR QUÉ NO NECESITAMOS
A DIOS EN NUESTRA VIDA



Científico y divulgador de la Ciencia, es uno de los mayores expertos en **Biología Evolutiva**.

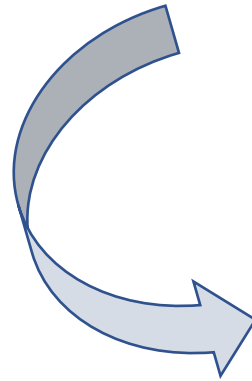
Desde hace años encabeza el movimiento cultural conocido como “**Nuevo Ateísmo**”

ACLARACIONES

EXTRACTO DEL CAP. 2:
"¿Pero es cierto?"

CONTENIDO DEL CAPÍTULO 2:

- **Tema:** el Nuevo Testamento (que habla de la vida de Jesús)
- **Cuestión:** ¿Cuánto de lo que dice es cierto?



CONTENIDO DEL EXTRACTO:

Cuestión: ¿Ocurrieron realmente los milagros que se cuentan de Jesús en el Nuevo Testamento (como que resucitó)?

De acuerdo con el evangelio de la infancia, el joven Jesús también utilizó sus poderes mágicos de formas menos interesantes. En una ocasión, estaba paseado por la aldea y otro niño que pasó corriendo tropezó levemente con su hombro. Jesús se enfadó y le dijo: «No llegarás mucho más lejos en tu camino». Esa misma noche, el niño se cayó y murió. Comprensiblemente, los afligidos padres se quejaron a José y le pidieron que controlase el uso que hacía Jesús de sus poderes mágicos. Debieron haberlo pensar mejor: de inmediato, Jesús los dejó ciegos. En una ocasión anterior, Jesús estaba molesto con un niño y lo maldijo de tal forma que su cuerpo se marchitó completamente.

No todo fue malo. Cuando uno de sus compañeros de juego se cayó de un tejado y se mató, Jesús le resucitó. Salvó de esa misma forma a una serie de personas, y en una ocasión curó a un hombre que accidentalmente se había cortado en un pie con su propia hacha. Una vez estaba ayudando a su padre carpintero, y resultó que una pieza de madera era demasiado corta. Bien, ¡Jesús no iba a permitir que un problemilla como ese estropeara un trabajo excelente! Alargó la madera con uno de sus hechizos mágicos.

Nadie se cree que los milagros fantásticos del evangelio de la infancia de Tomás sucedieran realmente. Jesús no convirtió el barro en gorriones, no mató al niño que tropezó con él ni dejó ciego a sus padres, ni tampoco alargó el pedazo de madera en la carpintería. ¿Por qué, entonces, la gente se cree los inverosímiles milagros descritos en los evangelios oficiales, canónicos: convertir el agua en vino, caminar sobre las aguas, alzarse de entre los muertos? ¿Se habrían creído el milagro de los gorriones o el del alargamiento del pedazo de madera si el evangelio de la infancia hubiese sido incluido en el canon? Y, si no, ¿por qué no? ¿Qué tienen

de especial los cuatro evangelios en particular que fueron lo suficientemente afortunados para ser elegidos para formar parte del canon por un grupo de obispos y teólogos en Roma en el año 382 d. C.? ¿Por qué ese doble rasero?

El siguiente es otro ejemplo de ese doble rasero. Mateo nos cuenta que, en el momento exacto en el que Jesús muere en la cruz, la gran cortina del templo de Jerusalén se rasgó por la mitad, la tierra tembló, las tumbas se abrieron y los muertos caminaron por las calles. Según el evangelio oficial, entonces, el hecho de que Jesús resucitara no fue algo inusual. Solo tres días antes de que lo hiciera, una gran cantidad de personas salieron de sus tumbas y caminaron por las calles de Jerusalén. ¿Se creen realmente eso los cristianos? Y, si no es así, ¿por qué no? Hay tantas razones (o, para ser más concreto, tan pocas) para creer eso como para creer en la propia resurrección de Jesús. ¿Cómo deciden los creyentes en qué cuentos inverosímiles creer y cuáles ignorar?

Como dije anteriormente, la mayoría de los historiadores, aunque no todos, creen que Jesús existió. Pero eso no es decir mucho. «Jesús» es la forma romana del nombre hebreo Joshua o Yeshua. Era un nombre común y abundaban los predicadores errantes. Por lo que no es tan raro que existiera un predicador que se llamara Yeshua. De hecho, pudo haber muchos. Lo que no es creíble es que alguno de ellos convirtiera el agua en vino (o el barro en gorriones), caminara sobre las aguas (o alargara un pedazo de madera), naciera de una virgen o se levantara de entre los muertos. Si usted quiere creer cosas como esas, lo mejor que podría hacer es buscar pruebas mucho mejores que las disponibles hasta ahora. Tal como dijo el astrónomo Carl Sagan: «Afirmaciones extraordinarias requieren evidencias extraordinarias». Puede que se inspirara en Laplace, el famoso matemático

francés, quien creía que el peso de la evidencia para una afirmación extraordinaria debe ser proporcional a su rareza.

La afirmación de que existió un predicador errante llamado Jesús no es una afirmación extraordinaria. Y las pruebas, aunque ligeras, son «proporcionales»: hacen falta pocas pruebas para una afirmación modesta. Probablemente, Yeshua sí existió. Pero las afirmaciones sobre que su madre era una virgen y que se alzó de la tumba son realmente extraordinarias. Por lo que las evidencias tendrían que ser buenas. Y no lo son.

David Hume, el gran filósofo escocés del siglo XVIII, tenía algo que decir sobre los milagros, y me gustaría hablar sobre ello porque es importante. Lo diré con mis propias palabras. Si alguien afirma haber visto un milagro —hace, por ejemplo, la milagrosa afirmación de que Jesús se levantó de su tumba o de que el niño Jesús convirtió el barro en gorriones— existen dos posibilidades:

— POSIBILIDAD 1: Sucedió realmente.

— POSIBILIDAD 2: El testigo se equivoca, o miente, o estaba alucinando, ha informado mal de lo sucedido, presencié un truco de magia, etc.

Alguien podría decir: «El testigo es tan fiable que le confiaría mi vida, y además hubo muchos más testigos —sería un *milagro* que estuviera mintiendo o que estuviera equivocado—». Pero Hume replicaría que: perfecto, pero incluso si usted piensa que la posibilidad 2 sería un milagro, seguramente admitirá que la posibilidad 1 es aún más milagrosa. Cuando tenga que elegir entre dos posibilidades, escoja siempre la que parezca menos milagrosa.

¿Ha visto alguna vez a un «mago» realmente extraordinario, un gran ilusionista? Derren Brown, por ejemplo, o Jamy Ian Swiss, o David Copperfield, James

Randi o Penn y Teller? Es asombroso, una voz de nuestro interior nos grita: «Tiene que ser un milagro, no es posible que no sea algo sobrenatural». Pero, entonces, si el ilusionista es honesto, le dirá, serena y cuidadosamente: «No, solo es un truco. No puedo decirle cómo lo he hecho, me echarían del Círculo Mágico, pero le prometo que tan solo es un truco».

No todos los ilusionistas son honestos, por cierto. Algunos ganan grandes sumas de dinero doblando cucharas gracias a sus supuestos «poderes psíquicos» y persuadiendo luego a compañías mineras de que esos mismos poderes psíquicos les pueden decir dónde tienen que excavar.

En algunas ocasiones, es fácil ver cómo se ha hecho el truco. Recuerdo un espectáculo que apareció en una televisión británica en el que se anunciaban hazañas «increíbles» logradas mediante poderes psíquicos (telepatía y cosas por el estilo). A la hora de la verdad, no eran nada más que trucos habituales con los que se engañaba al presentador del programa, de nombre David Frost. Frost, o era muy tonto, o (mucho más probable) estaba fingiendo ser tonto por el bien de la audiencia del programa. Había una actuación de un padre y un hijo de Israel en la que el hijo aseguraba que podía leer los pensamientos de su padre mediante telepatía. El padre leía para sí un número secreto y mandaba «ondas del pensamiento» a su hijo, situado al otro lado del escenario, que «leía correctamente esos pensamientos». El padre hizo ver que se concentraba profundamente para a continuación gritar algo parecido a: «¿Ya lo has adivinado, hijo?», a lo que el hijo contestaba «¡Cinco!». El público se puso a aplaudir fervientemente, incitado por el insensato presentador: «¡Increíble! ¡Asombroso! ¡Qué misterioso! ¡La telepatía ha demostrado ser cierta!».

¿Lo pillan? Les daré una pista. Si el número secreto hubiera sido el ocho, el padre habría gritado algo como: «¿Crees que lo vas a poder conseguir, hijo?». Si el número secreto era el tres, habría dicho: «¿Lo tienes, hijo?». Si el número era el cuatro: «¿Ya lo tienes, hijo?». Pero lo que quiero recalcar es que, incluso si el ilusionista es realmente bueno (no como el equipo formado por ese padre y su hijo) y usted no adivina cómo funciona el truco, este sigue siendo un truco. No hay razón para pensar «debe de ser un milagro». Piense como Hume.

Apliquemos el razonamiento de Hume a algunos trucos de magia, cambiando el nombre a las dos «posibilidades» por el de «milagros».

— MILAGRO 1: El ilusionista cortó de verdad a la mujer por la mitad. Penn y Teller atraparon las balas disparadas por el otro con sus dientes. David Copperfield hizo desaparecer la Torre Eiffel. James Randi metió sus manos en el interior del abdomen de un paciente y le sacó los intestinos.

— MILAGRO 2: Sus ojos le engañan, incluso cuando cree que está observando los movimientos del ilusionista como un halcón, por lo que le parecería «milagroso» perderse algo.

Creo que ha de estar de acuerdo en que el milagro 2, por mucho que quiera poner reparos, no es un milagro. Tiene que decantarse por el milagro menor y extraer la misma conclusión a la que llegaría Hume: el milagro 1 nunca se produjo. Le engañaron.

A veces, el milagro 1, el milagro supuestamente verdadero, parece que es confirmado por un gran número de testigos. Puede que el ejemplo más famoso sea la «Aparición» de Nuestra Señora de Fátima.

En 1917, en Fátima, Portugal, dos niñas y un niño afirmaron haber tenido una

visión de la Virgen María. Una de ellas, Lucía, dijo que María le habló y le prometió regresar al mismo lugar el día 13 de cada mes hasta octubre, momento en el que haría un milagro para demostrar quién era. Los rumores se propagaron por todo Portugal. Y el 13 de octubre, una gran multitud compuesta por setenta mil personas se congregó en el lugar para ser testigos del milagro. La Virgen María se le apareció a Lucía (a nadie más), quien señaló directamente en dirección al sol. Entonces:

El sol pareció caer de los cielos sobre la multitud horrorizada... y justo cuando parecía que la bola de fuego caería sobre ellos y los destruiría, el milagro cesó, y el sol recuperó su lugar habitual en el cielo, brillando tan pacíficamente como siempre.

Los católicos romanos se tomaron esta historia muy en serio (muchos de ellos lo siguen haciendo). Declararon oficialmente que había sido un milagro. El papa Juan Pablo II sobrevivió a un intento de asesinato en 1981. Creía que se había salvado gracias a «Nuestra Señora de Fátima», que «guió la bala» para que no lo matara. No «Nuestra Señora», sino, concretamente, «Nuestra Señora de Fátima». ¿Significa esto que los católicos creen en un montón de «Nuestras Señoras»? ¿Son incluso más politeístas que lo que sugerí en el capítulo 1? No solo una María, sino montones de ellas, cada una de las cuales aparece en alguna ladera, cueva o gruta.

En 2017, el obispo Dominick Lagonegro, el obispo auxiliar católico romano de Nueva York, predicó un sermón en el que citaba a su tía, la cual había sido testigo presencial de lo ocurrido en Fátima. Según su relato, el sol

... subía y bajaba, iba y venía, como si estuviera bailando. «¿Quién más sino la

Santísima Madre podría hacer bailar el sol?» [el obispo Lagonegro] se rio. Pero entonces aumentó de tamaño y «empezó a venir hacia la Tierra», continuó el obispo. «Mi tía recordaba que “parecía que las ropas de todos eran de un color amarillo brillante debido al sol”. Continuó cayendo hacia la tierra durante unos minutos», dijo, contando la historia de su tía, «y entonces se detuvo», volviendo a su órbita.

¿A su órbita? ¿Qué «órbita» sería esa? Y «continuó cayendo hacia la tierra durante unos minutos». ¡Durante unos *minutos!* Apliquemos el razonamiento de Hume a este caso.

— MILAGRO 1: El sol se movió por el cielo y empezó a caer hacia la multitud, moviéndose hacia ellos de forma perceptible durante varios minutos.

— MILAGRO 2: Setenta mil testigos estaban equivocados, o mintieron, o lo interpretaron mal.

El milagro 2 parece realmente un milagro, ¿no? ¿Setenta mil personas sufrieron la misma alucinación al mismo tiempo? ¿O todos contaron la misma mentira? Sin duda, eso hubiera sido un milagro gigantesco. Es lo que parece. Pero considere la alternativa, el milagro 1. Si de verdad el sol se hubiese movido, ¿no lo habría visto todo el mundo situado en la parte del mundo que era de día? No solo las personas reunidas en las afueras de un único pueblo de Portugal. Y si realmente se hubiera movido (o se hubiera movido la Tierra, por lo que podría parecer que el que se movía era el sol), habría sido una enorme catástrofe que hubiera destruido el mundo y puede que también el resto de planetas. ¡Especialmente si «cayó» durante «unos minutos»!

Así pues, siguiendo el razonamiento de Hume, escogemos el milagro menor y

nuestra conclusión es que el famoso milagro de Fátima nunca se produjo.

La verdad es que estaba haciendo lo imposible para que el milagro 2 pareciera más milagroso de lo que realmente fue. ¿De verdad había setenta mil personas congregadas en ese lugar? ¿Cuál es la prueba histórica que demuestra que fueron tantos? En nuestro tiempo, ese tipo de números se exagera muy a menudo. Donald Trump afirmó que un millón y medio de personas acudieron a su acto de toma como presidente. Las pruebas fotográficas demuestran que fue una exageración gigantesca. Incluso aunque se reunieran setenta mil personas en Fátima en octubre de 1917, ¿cuántas afirmaron haber visto que el sol se movió? Puede que solo lo hicieran unos pocos, y el número se infló por el efecto del teléfono escacharrado. Si uno mira fijamente en dirección al sol, tal como les había indicado Lucía (por cierto, no lo intente, es malo para su vista), podría sufrir una alucinación y ver un ligero movimiento. La magnitud de ese movimiento, al igual que ocurrió con el número de personas que lo vieron, podría exagerarse gracias al efecto del teléfono escacharrado.

Pero lo importante de esta historia es que no necesitamos preocuparnos de esas consideraciones. Incluso si las setenta mil personas afirmaran haber visto cómo se movió el sol y cómo descendía hacia la Tierra, sabemos a ciencia cierta que eso no ocurrió porque el planeta no se ha destruido y nadie que no estuviera en Fátima lo vio moverse. Desde luego, el supuesto milagro nunca se produjo y la Iglesia católica romana fue muy ingenua por concederle una autenticación oficial.

Por cierto, en el Libro de Josué aparece un milagro parecido. Puede que este milagro fuera lo que inspiró a Lucía para inventarse el suyo. El líder israelí Josué estaba disputando una de sus muchas batallas contra las tribus rivales y

necesitaba algo más de tiempo para asegurarse la victoria. ¿Qué hacer? ¡La solución obvia! En esos días se podía hablar directamente con Dios. Todo lo que tenía que hacer era pedirle que pospusiera la llegada de la noche para que el sol siguiera brillando en el cielo. Dios le complació y el sol permaneció en el cielo, proporcionándole a Josué el tiempo extra que necesitaba para ganar la batalla. Obviamente, este milagro nunca sucedió. Ningún experto serio piensa lo contrario. Pero hay fundamentalistas cristianos que anhelan creer que todas y cada una de las palabras que aparecen en la Biblia son literalmente ciertas. Y en internet se pueden consultar páginas web fundamentalistas que, desesperadamente, dan mil y una vueltas para encontrar alguna forma de hacer pasar por verdadero el largo día de Josué.

Por supuesto, el Libro de Josué es uno de los libros del Antiguo Testamento. Pasemos ahora al Antiguo Testamento propiamente dicho y veamos si alguna de sus historias es verdadera.